

# Estrategias de mujeres para la reproducción de la vida en las protestas contra la violencia económica\*

Carla Verónica Carpio Pacheco\*\*

Universidad Nacional Autónoma de México

<https://doi.org/10.15446/ede.v33n63.108301>

## Resumen

Las mercaditas, son grupos de mujeres que se reúnen para vender e intercambiar productos en el espacio público como forma de protesta contra la violencia económica. Dado que no se trata de una manifestación con un pliego petitorio específico ni con demandas laborales definidas de antemano, es preciso saber qué sentido dan a la protesta y a la economía a partir del tipo de prácticas que llevan a cabo. Para ello se utilizan herramientas conceptuales de la economía feminista como la reproducción de la vida y el trabajo de cuidados para entender la crisis que atraviesan en el modelo neoliberal imperante. El objetivo de este artículo es mostrar algunas estrategias de estos colectivos de mujeres para hacer frente a la precariedad que se incrementó de forma generalizada a partir de la pandemia del COVID-19. Los hallazgos arrojaron que a través de prácticas de reciprocidad como el trueque se formaron y consolidaron redes de apoyo mutuo sustentadas en el cuidado comunitario.

**Palabras clave:** economía feminista; economía social; violencia económica; reproducción de la vida; economía y otras disciplinas.

**JEL:** B54; Y80; J16

## Women's strategies for the reproduction of life in protests against economic violence

## Abstract

Mercaditas are groups of women who meet to sell and exchange products in public spaces as a way of protesting against economic violence. Given that it is not a demonstration with a specific list of demands or with labor demands defined in advance, it is necessary to know what meaning they give to the protest and the

---

\* Este artículo es resultado de la de investigación posdoctoral "Frente a la violencia machista, autogestión feminista: trayectorias rebeldes en las protestas feministas contra la violencia económica" realizada con el apoyo del programa de becas posdoctorales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

\*\* Investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género (CIEG) (Ciudad de México, México). Correo electrónico: carpa.cv@gmail.com.  <https://orcid.org/0000-0002-0779-2376>

### Cómo citar/ How to cite this item:

Carpio-Pacheco, C. V. (2023). Estrategias de mujeres para la reproducción de la vida en las protestas contra la violencia económica. *Ensayos de Economía*, 33 (63), 190-205. <https://doi.org/10.15446/ede.v33n63.108301>

economy based on the type of practices they carry out. To do this, conceptual tools from feminist economics such as the reproduction of life and care work are used to understand the crisis they are going through in the prevailing neoliberal model. The objective of this article is to show some strategies of these women's groups to confront the precariousness that increased across the board following the COVID-19 pandemic. The findings showed that through reciprocity practices such as bartering, mutual support networks supported by community care were formed and consolidated.

**Keywords:** feminist economics; social economy; economic violence; reproduction of life; economics and other disciplines.

## Introducción

Se ha hablado mucho de la crisis sanitaria, social y económica que derivó de la pandemia del COVID-19. Sin embargo, en lugar de tratarse de algo excepcional, el largo episodio de confinamiento social puso en evidencia los inconvenientes de un sistema económico basado en la producción y el consumo, donde el mercado imprime su lógica en los ritmos, espacios, corporalidades y subjetividades de las personas. En ese sentido, la crisis fue tan solo un momento de intensificación de las contradicciones inherentes al sistema.

Nos damos cuenta que hablar de crisis entonces “se ha convertido en una característica estructural de la relación sociedad-economía como resultado de las últimas décadas de política neoliberal” (Quiroga, 2008, p.78), por lo cual conviene identificar qué es aquello que está en crisis, particularmente a partir de la pandemia para entender cómo fue que se intensificó, y comprender qué estrategias encontraron algunos grupos de personas para sobrevivir a ella.

En este artículo se plantea que durante este periodo se hizo más evidente una crisis de los cuidados que enfrentamos como sociedad, así como la incompatibilidad que existe entre las demandas del capital y las condiciones para la reproducción de la vida. Frente a ello, las acciones que realizan algunos colectivos de mujeres para protestar contra la violencia económica por medio de la venta de productos en el espacio público se muestran como estrategias no solo para obtener ingresos económicos sino para enfrentar colectivamente la crisis de los cuidados durante y después del confinamiento, pues han generado comunidades de apoyo mutuo y aprendizaje en común.

Para indagar sobre las motivaciones que tienen las mujeres que participan y permanecen en estos espacios, se realizaron diez entrevistas con participantes de dos colectivas, de manera presencial y remota, entre abril de 2022 y octubre de 2023. Además, se realizó un seguimiento de las actividades colectivas en las redes socio digitales de las colectivas y se tomó registro de sus actividades en el espacio público.

Desde el punto de vista teórico, se recupera la noción de trabajo de cuidados desde la economía feminista. Esta categoría supone una concepción de economía donde lo mercantil solo es parte de una tarea más amplia y compleja para mantener la vida, que involucra todo el trabajo necesario para resolver las necesidades humanas materiales y afectivas.

Además, para designar las acciones que realizan estas mujeres se recurre a la noción de economías populares, en tanto que se trata de prácticas y estrategias que llevan a cabo los sectores populares para solventar sus necesidades, y dentro de ellas, históricamente las mujeres han desempeñado una labor central, aunque su importancia ha sido invisibilizada. Se prefiere dicho término en lugar de trabajo informal porque el segundo mantiene como referencia la distinción entre trabajo asalariado frente al no asalariado, además de que se asocia de forma negativa con prácticas desorganizadas, llevadas a cabo por sectores marginales, en ocasiones por fuera de marcos legales, y que aspiran a estar dentro de la formalidad laboral.

## Aportaciones desde el género y la economía feminista

A mediados de la década de 1990, y en buena medida gracias a la presión del movimiento feminista, la Organización de Naciones Unidas reconoce “la violencia contra las mujeres como un problema de derechos humanos y [se formulan] directrices a nivel mundial para prevenir, atender y erradicar este problema” (Castro, 2016. p. 342).

De este modo, se exhorta a los países a legislar con perspectiva de género, lo cual para el caso mexicano se traduce en algunos señalamientos que aparecen en la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia (LGAMVLV) publicada en el diario oficial el 1 de febrero de 2007, en particular en el Artículo 6, donde se habla de los tipos de violencia. En dicho documento se detalla que la violencia económica se refiere a toda

acción u omisión que afecta la supervivencia económica de la víctima. Se manifiesta a través de limitaciones encaminadas a controlar el ingreso de sus percepciones económicas, así como la percepción de un salario menor por igual trabajo en un mismo centro laboral (LGAMVLV, 2007, párr. 4).

Como vemos, el término violencia económica proviene del ámbito jurídico y tiene como objetivo enunciar un tipo de agresión específica, la cual no es menor, pues en México han padecido este tipo de violencia al menos un 27,4% de mujeres según la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones En los Hogares (INEGI, 2022).

Sin embargo, para los países de América Latina la violencia ha sido una “experiencia originaria” (Gago & Palmeiro, 2021) en las formas de implementación del neoliberalismo desde los años de 1970 por medio de métodos “súbitos, brutales y seguros” como las dictaduras en países como Chile y Argentina (Harvey, 2007, p. 57).

En la región, el desarrollo de políticas neoliberales fortaleció la autoregulación del mercado y la disminución de gasto público para el bienestar social, lo cual agudizó las condiciones de vulnerabilidad para amplios sectores de la población que vieron amenazadas las condiciones básicas para la supervivencia. Este modelo estuvo acompañado de una paulatina legitimación en la década

de los años de 1980, sustentada por medio de “principios que gobiernan todas las esferas de la existencia y reorientan al propio *homo economicus*” (Brown, 2021, p. 45). En efecto, a lo largo de este proceso, además de la flexibilización laboral, apertura de mercados y reducción de la intervención estatal, “La apelación a las tradiciones y los valores culturales fue muy importante” (Harvey, 2007, p. 58) para instalar las ideas neoliberales en el sentido común de la sociedad.

En ese tenor, la violencia económica adquiere una dimensión estructural que es intrínseca a la implementación de este modelo económico, político y social, que se basa en la acumulación y obtención de ganancias. Se trata entonces de una violencia que atraviesa y tiene repercusiones en múltiples esferas de la vida, y por lo tanto de una “precarización de la existencia” (Precarias a la Deriva, 2004), puesto que “el ataque neoliberal a la democracia en todas partes ha modulado la ley, la cultura política y la subjetividad política” (Brown, 2021, p. 30). Sin duda, una de sus consecuencias más devastadoras ha sido la reducción del ámbito social y de lo común, en pro de individuos supuestamente autosuficientes.

Frente a ello han surgido paradigmas críticos, como la economía feminista, que cuestionan el incesante modelo de crecimiento económico que la globalización neoliberal reproduce a través de una serie de valores, creencias y prácticas individualistas que se han demostrado inoperantes para vivir en sociedad.

No hay un consenso en la delimitación del campo de la economía feminista. Algunas autoras opinan que no se trata de “una escuela diferenciada de pensamiento en el campo de la economía, sino que más bien representa el uso de la lente de género en el análisis económico” (Benería et al., 2018, p. 80). Desde este punto de vista se trata de una categoría paraguas donde se ubican tanto economistas que buscan dialogar con el núcleo duro y dominante de la economía, como economistas y otras investigadoras feministas que buscan cuestionar las bases mismas de la disciplina económica ortodoxa y crear alternativas a partir de sus propias herramientas conceptuales.

Acorde con esta segunda línea, hay quien señala que, en América Latina, su desarrollo forma parte de los paradigmas heterodoxos (Esquivel, 2016), donde también se ubica la economía social y solidaria (Quiroga, 2008). Ambos enfoques coinciden en que la separación entre producción y reproducción es un problema en lo que se ha entendido de forma hegemónica como economía, pues a partir de ello la reproducción ha quedado invisibilizada.

La lógica de mercado hegemónica enaltece el trabajo asalariado y la racionalidad instrumental del *homo economicus*, un supuesto hombre independiente que opera bajo la lógica del costo-beneficio. Tal suposición sustenta un “modelo individualizado de gestión de la cotidianidad” (Pérez, 2014, p. 67) que supone un “hombre hongo”, que no tiene infancia ni vejez, que no cuida ni es cuidado (Benería et al., 2018, p. 97).

La economía feminista profundiza este análisis desplazando la centralidad del mercado en el análisis económico y pone en el centro la preocupación por la reproducción de la vida, es decir, todas aquellas

actividades necesarias para procurar el bienestar integral de las personas, dentro del cual el cuidado es un elemento central que ha recaído históricamente en las mujeres (Carrasco, 2014). Por ello también se ha llamado economía del “aprovisionamiento” (Benería et al., 2018), puesto que procura satisfacer las necesidades humanas en lugar de privilegiar la acumulación como en el sentido mercantil.

La noción de cuidados tiene un sentido amplio, que no se circunscribe a la enfermedad o a los grupos vulnerables, sino a los cuidados de la vida que todo humano necesita, lo cual nos hace interdependientes de otras personas y de otras colectividades, pues como señala Pérez (2006): “la necesidad de cuidados no se cubre nunca por una persona concreta, sino por redes sociales con distintos ejes gravitatorios y grados de responsabilidad e implicación” (p. 15). La autora añade que atravesamos una crisis multidimensional de los cuidados, puesto que las condiciones necesarias para que la vida se reproduzca están fracturadas y el trabajo remunerado, que sigue siendo el único valorado, no solo es insuficiente, sino —también— incompatible con el resto de tareas indispensables que le dan sustento.

La forma de resolver esta crisis a nivel global tiene una distribución diferenciada acorde con los distintos contextos geopolíticos. Por ejemplo, en los países del norte global, el trabajo de cuidados recae principalmente en mujeres del sur global que dejan sus lugares de origen para emplearse en el cuidado de otros. Como es de imaginarse, este desplazamiento implica el descuido de familias enteras en lo que se ha denominado “cadenas globales de cuidados” (Pérez, 2006).

En los países del sur, los sectores populares han tenido que desarrollar una serie de estrategias para solventar el cuidado. En ese sentido, se prefiere hablar de economías populares, en tanto estrategias que han desarrollado históricamente los sectores populares para resolver las necesidades vitales y que en muchos casos complementan o incluso sostienen y hacen posible el desarrollo de trabajos asalariados, por lo cual no necesariamente aspiran a la formalidad. Desde esta perspectiva, se pone en entredicho que el sistema económico es capaz de cubrir las necesidades de empleo, y que con ello la vida de las personas esté resuelta.

De acuerdo con González y Castillo (2023), “las economías populares forman parte de este gran campo del trabajo asociativo, pero se distinguen por quienes las ponen en práctica.” (pp. 165-166). Estos autores utilizan el término “trabajo asociativo” para referir la multiplicidad de formas en que diversos sectores han resuelto las necesidades de reproducción de la vida fuera de las lógicas de acumulación del capital. En el mapeo que realizan sobre experiencias de economía popular en la ciudad de México incluyen a los tianguis<sup>1</sup> y chinampas<sup>2</sup> en el rubro de la producción y distribución de alimentos y en otro rubro, más cercanas a los espacios que denominan comunitarios, okupados<sup>3</sup>, independientes, autogestivos y autónomos (COIAA), ubican el caso de las protestas contra la violencia económica también conocidas como mercaditas feministas.

---

1 Mercados ambulantes cuyo origen se remonta a la época prehispánica.

2 El término hace alusión al terreno y método de cultivo mesoamericano sobre pequeñas porciones de tierra flotantes.

3 Forma de referir inmuebles, casi siempre en disputa con el Estado, que son tomados por grupos activistas. La okupación es una forma de acción directa común entre grupos anarquistas.

## Juntarse durante el confinamiento

De acuerdo con la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) del Instituto Nacional de Geografía y Estadística, el primer trimestre de 2021 las mujeres representaron el 71% de quienes dejaron de trabajar, es decir, 7 de cada 10 personas desempleadas por la pandemia eran mujeres. Estas cifras no significan que las mujeres no trabajen, sino que lo hacen y mucho, pero no remuneradamente, en especial en el trabajo de cuidados de niños, ancianos y enfermos, lo cual ha implicado que abandonen o reduzcan drásticamente sus ingresos económicos.

Para obtener ingresos, pero conciliar con el trabajo de cuidados, una de las alternativas que encontraron muchas mujeres es el autoempleo en la venta de ropa, productos de belleza, zapatos, y todo tipo de utensilios por medio de internet. Las llamadas “nenis” como se les denominó de forma despectiva en redes sociales son ejemplo de este tipo de economía alternativa que, si bien existe mucho antes de la pandemia, se incrementó durante ésta.

En efecto, un par de años antes del confinamiento por la pandemia de COVID-19 —que comenzó en marzo de 2020—, la organización a través de bazares virtuales en redes sociodigitales para vender diversos productos ya era una práctica en aumento en la capital mexicana, principalmente dentro de un sector de mujeres jóvenes. De modo que, la convergencia de este tipo de vendedoras, autodenominadas “bazareñas” (Silva, 2022) en algunas estaciones del metro creció tanto que llegó a organizarse bajo el formato de bazar presencial en calles y plazas aledañas de algunas estaciones (Cadena, 2020).

A diferencia de las bazareñas, las protestas contra la violencia económica surgen desde el principio como una forma de organización colectiva, y no como un formato de venta individual, y hacen un explícito posicionamiento político al “tenderse” a vender en el espacio público. En ese sentido, los discursos subversivos como el acto de nombrarse *mercaditas* en femenino y situarse como protesta feminista, inciden en la representación del mundo social y demarca su distinción respecto de otras prácticas económicas.

De esta forma, y bajo la consigna “no se trata de un tianguis, sino de una protesta”, las *mercaditas* proliferaron desde septiembre del año 2020 en la red del metro. A partir de la convocatoria por redes socio-digitales de quienes se aglutinan como la *Antimonumenta Vivas nos Queremos*, varias mujeres tomaron la estación del metro Chabacano con el objetivo de realizar una protesta contra la violencia económica, consistente en tender mantas en el piso con productos para venta e intercambio. En esa ocasión, y otras subsecuentes, se dieron cita diversas colectivas de mujeres que simpatizaron con las acciones llevadas a cabo en diversas estaciones del metro.

De acuerdo con una de las entrevistadas, la composición de estos grupos era heterogénea, pues había entre sus filas activistas feministas, estudiantes universitarias, madres autónomas, vendedoras ambulantes, y algunas infancias que acompañaban a sus madres en cada estación del metro. Existía entre ellas cierta unidad, pero también diferencias en las formas de organizarse,

lo cual, aunado a la tensión con autoridades del metro y grupos de vendedores ambulantes del mismo conocidos como “vagoneros”, ocasionó que muchas de ellas salieran a buscar espacios en diferentes plazas y calles de la ciudad.

A partir de entonces, algunas se diseminaron en diferentes puntos de la Alameda Central. Un grupo en particular decidió colocarse a un costado de la plaza de Bellas Artes y comenzó a identificarse con el nombre de Autogestión feminista. Una de sus integrantes fundadoras, conocida como Dance<sup>4</sup>, señala que cuando salieron del metro “vinieron morras de otros espacios donde les cobraban la plaza, decidieron quedarse con nosotras pero han ido transformando su conciencia, sus dinámicas su pensamiento, algunas de ellas siguen aquí” (Dance, comunicación personal, octubre de 2023). Esto quiere decir que entre las filas de algunas mercaditas sigue habiendo mujeres que se dedicaban al comercio ambulante, pero que encontraron otras formas de organización entre las colectivas feministas.

Tal es el caso de Glam, una madre autónoma de dos criaturas, que gracias a la impartición de talleres de danza y el comercio logró independizarse económicamente y dejar a su expareja. Glam tiene estudios de danza y desde hace tiempo se ha interesado en la difusión de la cultura, y ha participado activamente de otros colectivos políticos mixtos. De manera particular, señala la Huelga estudiantil de 1999 en la UNAM y el Zapatismo como sus mayores influencias. Su experiencia en el comercio viene primero de un puesto donde vendía ropa de segunda mano de sus hijos, y después tuvo otro puesto en el Tianguis<sup>5</sup> de la Lagunilla, donde vendía productos hechos por ella misma: textiles intervenidos, collage y joyería, como parte de su proyecto autogestivo Rodando glam. Sin embargo, en este segundo punto de venta tenía que pagar el uso de suelo, que es costoso dado la tradición del tianguis, y además tenía que “pelear con los machos a la redonda. Me posicioné para que nadie se pasara conmigo, pero sí me pasaron cosas fuertes, me sacaron la pistola, y se molestaban porque llevaba otras actividades culturales al puesto, y me acusaban de que ahí se quedaba la gente bebiendo...pero no vendía alcohol, era de otros puestos del tianguis” (Glam, comunicación personal, octubre de 2023).

En los casos de las tres mercaditas de la colonia Roma, si bien algunas integrantes de Marea Morada mencionaron haber participado en las tendidas en el metro, la composición de las colectivas también es heterogénea. Por ejemplo, en el caso de la colectiva Onna Bugeisha, al menos hay tres grupos, de acuerdo con una de sus integrantes: “hay chicas que solo están estudiando y vendiendo, pero hay otras que no, que es su único sustento y tienen hijos, había de muchas condiciones sociales” (Tanu, comunicación personal, julio de 2023). Tanu, de 30 años, identifica un subgrupo dentro del colectivo que denomina “las creadoras”, donde provienen chicas que estudiaron o estudian en la facultad de Filosofía, como ella que tiene estudios en la Licenciatura de Gestión Cultural, o en alguna

---

4 Es importante señalar que, debido al activismo que realizan y la persecución policial de la que han sido objeto, algunas participantes cambian su nombre y utilizan seudónimos para identificarse, muchas veces vinculados con el nombre de su marca o proyecto autogestivo.

5 Son bazares de comercio informal que se colocan en diversas calles y plazas de la ciudad algunos días de la semana.

escuela de arte o diseño. Tanu comenzó a vender principalmente plantas y macetas diseñadas por ella misma durante la pandemia. Hace un tiempo que dejó de ser estudiante, y desde entonces ha tenido diversos trabajos, algunos de tiempo parcial y eventuales, como la impartición de clases o talleres de música, dado que también tiene estudios en esa disciplina.

Las características que han adquirido las mercaditas de la colonia Roma se puede explicar porque ese espacio en particular ha generado un clima propicio para este tipo de mercados “alternativos” que conectan productores independientes con consumidores; de hecho, ahí es donde iniciaron los bazares de diseño en la ciudad de México como el Bazar Fusión (Mercado-Celis & Gómez, 2017).

A pesar de sus diferencias, las cinco colectivas estudiadas tienen en común el uso de redes socio-digitales como un medio de convocatoria, difusión y manifestación al mismo tiempo. Por medio del seguimiento de sus páginas de internet comenzó esta investigación, principalmente a través de Facebook e Instagram. A partir de ello, se pudieron identificar tres puntos de la alcaldía Cuauhtémoc donde estas mercaditas se colocan uno o dos días los fines de semana: la Alameda Central, la colonia Roma y Buenavista.

Cabe señalar que existe una amplia movilidad entre las participantes de estos espacios, y que también hay una emergencia constante de nuevas mercaditas. Además, cada colectiva establece sus normas para vender —qué se vende, de qué modo presentan sus puestos, la convivencia con las demás, etcétera—, así como la frecuencia y forma de los protocolos a seguir para “invitadas”. En promedio en cada tendida hay entre 30 y 40 lugares para colocar sus puestos y para ser aceptadas deben previamente escribir a las colectivas por medio de redes sociales.

De modo que las referencias de este trabajo se basan en la autoadscripción que manifestaron las involucradas al momento de las entrevistas: cinco casos de la Mercadita Vassincelos en Buenavista, dos de la colectiva Marea Morada y una de Onna Bugeisha, ambas en la colonia Roma, y dos de Autogestión feminista en la plaza de Bellas Artes. Este grupo constituye una muestra significativa para entender las prácticas económicas que llevan a cabo en las mercaditas, puesto que todas manifestaron conocer los otros espacios e incluso haber transitado por ellos alguna vez.

Cabe señalar que el proyecto de investigación del que se deriva este artículo se planteó como una etnografía digital, por lo cual al seguimiento de su actividad en redes sociales se sumó una descripción de los espacios de venta y la realización de entrevistas cuando las restricciones sanitarias por la pandemia de COVID-19 así lo permitieron. Las diez entrevistas fueron dirigidas a partir de un cuestionario preestablecido, sin embargo, éste se fue modificando de acuerdo con la interacción y los temas que cada una de las informantes enfatizó.

En su realización se utilizó el dispositivo de la “deriva situada”, siguiendo el trabajo del colectivo español Precarias a la Deriva (2004) mediante el cual entrevistaron a diversas mujeres acompañando parte de sus trayectos hacia el trabajo y respetando sus respectivos ritmos laborales. En

este caso, la deriva situada se adaptó a los espacios donde se colocan las mercaditas a vender los fines de semana y las entrevistas se llevaron a cabo durante los momentos libres de su jornada de venta. Solo en tres casos la deriva tomó un formato remoto, ya que una entrevista fue por videollamada y dos por mensajes de texto y audio vía Whatsapp, de manera asincrónica, de acuerdo con el tiempo de las participantes.

Por último, cabe apuntar que por medio de redes sociales se pudo constatar que la forma de protesta de las mercaditas también se lleva a cabo en otras ciudades del país como la colectiva Raíces fuertes en Toluca o Las Insurgentas en Pachuca. En algunos casos, el formato de mercadita incluso ha sido cooptado por instancias de los gobiernos locales y la cuestión de la protesta y la autoorganización se ha perdido. Tal es el caso de la ciudad de Nuevo Laredo, donde el Instituto Municipal de la Mujer promovía una “mercadita feminista” como una oportunidad para “hacer crecer tu negocio” o en el perfil de Instagram del “Colectivo de emprendedoras” que convoca en Campeche a la expo feria “Nosotras no dependemos... emprendemos”, también organizada por el instituto de la mujer en ese estado. En ambos casos, se integra un lenguaje propio del discurso neoliberal sobre la individualidad emprendedora, aunque no sabemos si prácticas como el trueque pudieran ocurrir de manera autónoma entre las participantes.

De acuerdo con el Informe Protesta contra la Violencia Económica que publicó la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México (CDHCM, 2022), son más de cincuenta mercaditas las que convergen en la ciudad de México, la mayoría de en la delegación Cuauhtémoc provienen de las periferias o la zona conurbada. Asimismo, se han encontrado prácticas similares en otras latitudes de América Latina, como Argentina, donde algunos grupos surgieron a propósito de la crisis durante el gobierno de Macri en 2016. Durante este período, proliferaron prácticas colectivas como los trueques y las ferias callejeras con precios “antimacrisis”. Así lo describe Soraire (2020) a partir de su propia experiencia de investigación participativa en las calles de Salta capital, donde la crisis junto con las movilizaciones feministas fueron motivos para salir al encuentro entre mujeres en la búsqueda de esas cosas que necesitaban para sí y para el hogar.

Un ejemplo de ello es la iniciativa “Genero trueque”. En este caso “Las reglas del grupo son excluyentes, no circula dinero y no admitimos varones cis, hombres; se puede proponer el dictado de talleres y el intercambio se negocia cara a cara” (Soraire, 2020, p.1428). Así como ocurre con las mercaditas, se utilizan también las plataformas digitales de Whatsapp y Facebook, solo que, en el caso argentino, además de difundir y convocar, sirven para continuar los trueques de cosas aún después de reunirse entre una comunidad virtual. Según describe Soraire (2020): “Hay por lo menos dos dimensiones activas en los trueques, la que se configura en el ir y venir de las cosas cuyo[s] valores hemos resignificado, y la que se teje en red con las participantes” (pp.1431).

En Uruguay también existe desde 2017 La Mercada, un espacio digital para fomentar el intercambio de productos entre mujeres por medio de la plataforma Facebook, donde “la actividad del trueque sirve como vehículo del mensaje feminista a la par de que incentiva el ingreso

económico de todas las mujeres” (CDHCM, 2022, p. 43). Es probable que se encuentren ejemplos parecidos en otras ciudades latinoamericanas incentivados por la masificación del uso de redes sociales, como en Chile la comunidad de trueque femenino en la ciudad de Concepción. Sin embargo, no se cuenta con información suficiente para afirmar qué tipo de acciones llevan a cabo y si plantean sus prácticas como protestas contra la violencia económica. Lo que llama la atención es que también llevan a cabo prácticas de intercambio no monetario como el trueque.

## Trueque de productos e intercambio de saberes

El trueque es una práctica de reciprocidad (Vera, 2021) y también una práctica económica común entre las economías populares junto con las rifas o el ahorro en conjunto conocido como “tanda”, que organizan principalmente mujeres para contribuir al ingreso familiar (Flores, 2022).

Al respecto, Vera (2021) sugiere que, aunque este tipo de prácticas en México son muy antiguas y siguen muy vigentes sobre todo en contextos no urbanos, es necesario pensar la práctica del trueque y otras prácticas de reciprocidad en la actualidad desde “ambigüedad” en el marco de las estructuras económicas capitalistas en que se llevan a cabo ya que en su opinión “no se pueden pensar fuera, encima u opuestas a estas estructuras” (Vera, 2021, p. 192).

A partir del estudio que realizó en el Tianguis de trueque en Pátzcuaro en el estado de Michoacán, Vera (2021) señala que el trueque “constituye uno de los múltiples canales de circulación de bienes, que a veces reproducen o refuerzan las lógicas del capital, pero también de significaciones, que fomentan lógicas de solidaridad, altruismo, generosidad o reciprocidad” (p. 193) que, si bien no existen en estado puro, contribuyen a la formación de sujetos sociales y con ello nuevas formas de interrelación.

En ese sentido, para entender las prácticas económicas como el trueque es necesario ubicar el contexto de su producción y las relaciones sociales que se fomentan ahí, así como la forma en que se entretajan con las prácticas de la economía mercantil. Lejos de pretender descalificar estas iniciativas, es necesario pensarlas de manera situada y “reconocer la ambigüedad, la contradicción inherente de que parten estas acciones organizadas y, desde ahí, afirmar las tácticas que posibiliten una contra-estrategia económica sólida contra las significaciones contemporáneas del capital” (Vera, 2021 p.208).

En el caso de las mercaditas, la relevancia del trueque está en los vínculos de confianza que posibilitan el intercambio y que lo refuerzan cada vez, la valoración que hacen de su trabajo mutuamente y la afectividad que está de por medio, lo cual configura formas de relacionarse más horizontales en colectividad. Ya que se pueden obtener artículos de primera necesidad como comestibles y artículos de higiene personal, pero también adornos, accesorios, plantas o cualquier otro “gusto” que se quieran dar, podemos afirmar que está presente una dimensión que involucra el cuidado mutuo y el autocuidado.

Para Gago (2014), no existe una contradicción en sí, más bien forman parte del conjunto de prácticas de la economía popular que mezclan saberes comunitarios y autogestivos como parte de un neoliberalismo desde abajo. Para la economista, el neoliberalismo provee de un nuevo tipo de racionalidad que no se despliega únicamente desde arriba por medio de grandes actores políticos y económicos. Por el contrario, “los de abajo” tienen agencia a nivel molecular como “articuladores de una heterogeneidad social desbordante” (Gago, 2014, p. 16).

Sin embargo, las estrategias de los sectores populares la mayoría de las veces son negadas, invisibilizadas y “si se les prestaba atención, se consideraban destinadas a ser subsumidas o redimidas por el mundo asalariado o el empresarial legalizado –supuestamente capaces de absorber a todos–; o, con sus prácticas económicas poco ortodoxas, parecían un doloroso recordatorio de nuestro subdesarrollo e incapacidad de “progreso” (Gago, Cielo & Tassi, 2023, p. 13).

A través del estudio de las mercaditas se ha podido constatar que, primero, las actividades en estos espacios se conjugan con empleos asalariados o, segundo, que se han abandonado empleos asalariados debido a las condiciones laborales y se apuesta por una forma de vida autogestiva que a su vez también es diversa y heterogénea.

Tal es el caso de Mai, de 37 años, integrante de la mercadita Vassincelos. Al igual que muchas de sus compañeras, la entrevistada perdió la fuente ingresos principal durante la pandemia, pues vendía comida vegana que entregaban en bicicleta a domicilio, en su mayoría en oficinas, que cerraron durante el periodo de confinamiento. Pero antes, tuvo también un trabajo asalariado en una empresa como egresada de la carrera de arquitectura. Sin embargo, la experiencia no fue grata, según sus propias palabras:

estuve trabajando en una oficina y me volví más agresiva, o sea en calidad de vida para mí no tiene que ver el dinero tanto como el tiempo, la satisfacción, las emociones, y me siento más relajada... y los compañeros y los jefes son unos malditos, y también cuestiono mucho seguir reproduciendo un sistema que no es para nosotras y que no les importamos. La violencia que estamos viviendo pues sí, la denunciamos al tomar las calles, al existir, al estar...y las ventajas (de estar en la mercadita) con mi persona, con mi familia, yo decido qué hago y sentirme en confianza con mis compañeras me da mucha seguridad (Mai, comunicación personal, mayo de 2022).

En este caso, la búsqueda consciente de otras formas de trabajo no asalariado, mediante el ejercicio de la autogestión, tiene una historia anterior al desarrollo de las mercaditas. Como ella misma señala: “comencé hace unos años haciendo trabajo con caracoles zapatistas, así comencé, con ellos trabajamos serigrafía, cualquier cosa que pudiera darnos dinero sin tener que trabajarle a alguien” (Mai, comunicación personal, mayo de 2022). Además, Mai también participa desde hace varios años en la Comunidad Multitruque Mixiuhca, que se trata de un colectivo mixto de personas que desde 2010 ha generado un espacio para la economía solidaria de prosumidores, es decir que producen y consumen sus propios productos, los cuales intercambian mediante el uso de monedas comunitarias. A partir de su experiencia ha compartido con integrantes de diversas mercaditas y otros espacios feministas algunos talleres y charlas de monedas comunitarias y de formas alternativas de economía sin la utilización del dinero.

## Autocuidado, cuidado mutuo y colectivo

Las comunidades que se conforman en las mercaditas se trasladan también a otras actividades, por ejemplo, para configurar contingentes en algunas movilizaciones feministas, como pude saber a partir de una entrevista con Circe, quien dijo ser parte del “bloque negro” de Marea Morada, es decir, una comisión encargada de manera especial de la seguridad de la colectiva.

“Yo, siendo integrante del bloque negro, en la última marcha del 8M me lastimé la pierna y me desvanecí y todas ellas me cuidaron, entonces yo estoy muy agradecida con ellas. Cada vez que me ha pasado algo doloroso, de salud, económicamente, sentimentalmente ellas están ahí para mí” (Circe, comunicación personal, abril de 2022).

El mismo día que realicé la entrevista con Circe pude ser partícipe de una asamblea que llevó a cabo la colectiva a media jornada de su tendida. En ella se trataron temas de interés general. Por ejemplo, fue ahí donde presenté la investigación que estaba realizando y pedí permiso para entrevistarlas. Además, se abordaron “casos especiales” de la colectiva. Una de las integrantes solicitó “permiso a la asamblea” de llegar más tarde los domingos para poder asistir a una clase de idiomas, y otra participante compartió que estaba bajo tratamiento médico contra la depresión y por ello su mamá debía acompañarla a “tender” su puesto más tarde de lo habitual. La asamblea accedió conceder a las jóvenes llegar más tarde y al término de la misma se acercaron algunas de ellas para abrazarla y manifestar su apoyo.

Este tipo de acciones dejan ver una lógica atenta al cuidado de la salud y de la colectiva, lo cual es difícil conjugar en los espacios laborales que funcionan bajo la dinámica estrictamente mercantil. Todo ello es fundamental al momento de crear un “espacio seguro” como llaman a los espacios de las mercaditas, lo cual es un motivante para seguirse reuniendo, pues a pesar de que las ventas fluctúan, vale la pena mantener los grupos de amistad y compañerismo que se han formado. Como señala de nuevo Circe: “Yo venía de mi trabajo horrible, muy machista y siento que mis amigas me salvaron, he recibido mucho apoyo, y considero a todas las chicas mis amigas o por lo menos conocidas feministas” (Circe, comunicación personal, abril de 2022)

El referente de trabajos asalariados previos y las malas condiciones de los mismos es una constante que también se repite en varias de las entrevistas. Frente a ello, la organización como mercaditas parece ser una opción que han encontrado y una estrategia de sobrevivencia no solo de obtención de recursos materiales e inmateriales.

Por ejemplo, en otra entrevista Citronella, también integrante de la colectiva Marea Morada, me comenta que también trabajó en un *call center* para solventar sus estudios en la Universidad Pedagógica Nacional, pero reitera las malas condiciones de trabajo que tenía en ese espacio. Por eso, cuando terminó la carrera y dejó el trabajo inició *Citronella*, su propio proyecto de venta de libros usados y confección de libretas artesanales que comenzó a ofrecer por la red social de Instagram. La joven de 27 años, vive en las inmediaciones de los Reyes La Paz, municipio conurbado de

Ixtapaluca en el Estado de México. La primera mercadita en la que participó fue con la colectiva *Brujas de La Paz* en 2021, y aunque le gustó la experiencia y le quedaba cerca, buscó otros espacios que se tendieran a vender de forma más recurrente.

Por medio de las redes digitales supo de las “tendidas” afuera de la Biblioteca Vasconcelos, donde un día acudió a vender. Sin embargo, aunque el espacio de la mercadita estaba bien, el ambiente al que se enfrentaban con otros “líderes del ambulante” que querían cobrar “derecho de piso” era hostil y le pareció inseguro seguir, por lo que decidió buscar otro lugar para ofrecer sus productos. Así llegó con la colectiva *Marea Morada* que se coloca los sábados y domingos en la colonia Roma. En este lugar, a pesar de que ha habido hostigamiento por parte de la alcaldía, le pareció que el ambiente era más tranquilo, pues incluso los vecinos de la zona apoyan los bazares que se colocan ahí, probablemente porque añaden variedad a la amplia oferta cultural y comercial de esa céntrica colonia de clase media.

Otro caso, dentro de la colectiva *Vassincelos*, es el de Sol, una joven de 23 años que vive en el conurbado de la ciudad de México, en el municipio de Tlalnepantla. Cuando inició la pandemia estaba estudiando la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Recuerda que al mismo tiempo que realizaba sus estudios trabajaba en un *call center* los fines de semana para solventar un tratamiento costoso en torno a su salud. Entre otras cosas señala como “asfixiante” por momentos su trabajo donde había que atender llamadas una tras otra durante tiempos prolongados con escasos 15 minutos para ir al baño en una jornada de 8 horas.

Cabe recordar que a principios de la pandemia por COVID-19 circularon algunas notas informando que los *call center* tanto por la disposición espacial como por el trabajo que se realiza en ellos, hablar por tiempos prolongados, eran lugares de riesgo para la propagación de la enfermedad. Sin embargo, nos señala Sol que no fue hasta que se corrió el rumor de una persona fallecida por causa de la infección viral que les mandaron a trabajar a casa. Ahí las condiciones de trabajo fueron aún peores. Bajo el pretexto de tener mayor comodidad, aumentaron hasta diez horas las jornadas continuas de trabajo, lo cual afectó su estado de salud, anímico y familiar, y todo ello con la misma paga; porque el pago de horas extras nunca llegó.

Así que renunció al *call center* y por recomendación de una amiga llegó a la *Mercadita Vassincelos*. Aquí inició su proyecto de venta de lencería que se llama *Sol de Babilonia*. La pancarta que porta su puesto llama mi atención por el tono sarcástico de su denuncia “Violento es el sueldo mínimo”. Después, cuando conozco la historia que hay detrás todo, cobra mayor sentido.

Como vemos, en ambos casos la explotación y alienación laboral con horarios extenuantes, junto con las condiciones de restricción y escrutinio a las que son condicionados en algunos trabajos como el telemarketing, hacen mella en la incertidumbre e inestabilidad a la que se enfrentan amplios sectores en el marco del neoliberalismo. En ese sentido, no solo se trata de que no haya trabajo, sino de las malas condiciones de los trabajos existentes, lo que ocasiona

un “desapego biográfico” (Precarias a la Deriva, 2004, p. 252) respecto de los trabajos que se presentan como posibles en un panorama que no corresponde con las “expectativas vitales” de muchas personas.

En los casos que refiero, ambas mujeres dejaron sus empleos e iniciaron sus propios proyectos acompañadas de las colectivas feministas, los cuales ahora constituyen sus únicas fuentes de obtención de ingresos. Considero que el señalamiento de que existe una jerarquía patriarcal que se ejerce a partir del trabajo asalariado puede ayudarnos a entender la valoración que hacen estas mujeres que prefieren quedarse en las mercaditas en beneficio de su salud física, emocional y de la administración de su tiempo.

Sol y Citronella no son las únicas que lo mencionaron, pues de diez entrevistadas todas señalaron, además de la obtención de recursos a su propio “ritmo”, los vínculos afectivos con otras mujeres como motivantes para quedarse en esos espacios en los cuales se sienten “seguras” y “cuidadas” por sus compañeras. Esto cobra mayor relevancia ya que estos espacios se configuraron durante la pandemia, donde además de la crisis económica, pasamos por una crisis social y afectiva producto del confinamiento y el distanciamiento social. Como señala Glam “ese tiempo de la pandemia nosotras fuimos las únicas que estuvimos ahí para nosotras, construimos otra forma con la mercadita” (Glam, comunicación personal, octubre de 2023).

## A modo de cierre

La configuración de las mercaditas de la ciudad de México nos lleva a replantear algunos presupuestos sobre el trabajo informal que pueden ser abordados a partir de la economía feminista. A pesar de que se llevan a cabo en condiciones precarias en el espacio público, con los riesgos que involucra tenderse en las calles y lidiar con la presión de ambulantes y autoridades, las participantes permanecen en esos espacios gracias a las comunidades de apoyo mutuo que han conformado en ellos.

A partir de los testimonios presentados, se deduce que la violencia económica que denuncian en su protesta tiene un sentido amplio y complejo. Por un lado, se refiere a las condiciones de trabajos asalariados previos, frente a lo cual la manifestación en la calle y la conformación de comunidades son las estrategias que han encontrado para afrontar en colectivo una problemática que en el sistema capitalista se presenta como fracaso individual. Por otro lado, aún dentro del trabajo autogestivo y del comercio ambulante han encontrado beneficios en conformar colectivos exclusivos de mujeres afines a ideas feministas, por ejemplo, la posibilidad de consolidar redes de reciprocidad que en otros espacios no encontraron.

A partir de las prácticas que llevan a cabo, como el intercambio de productos y la compartición de técnicas, conocimientos y habilidades en las actividades político-culturales que organizan, se consolidan dichas redes y vínculos colectivos para afrontar la violencia económica de manera

conjunta. También la escucha y toma de decisiones en asambleas contribuyen al cuidado colectivo y la toma de conciencia sobre la importancia del autocuidado.

Los postulados de la economía feminista nos ayudan a entender este tipo de prácticas, porque considera una visión amplia de la economía, que incluye necesariamente las formas materiales e inmateriales para reproducir la vida. Al cuestionar la jerarquía del salario para la medición del trabajo, permite ver otras formas invisibilizadas en que se genera trabajo pero que son fundamentales para la vida e incluso para que el propio mercado funcione. Al respecto el reconocimiento de los cuidados y su dimensión afectivo-emocional es un aporte que nos permite entender por qué todas las personas necesitamos cuidados, y cómo es que el valor que generan los mismos está en los vínculos. De ahí la importancia de las comunidades de las mercaditas que emergieron en un momento de crisis social y económica como protesta, pero que al mismo tiempo configuran alternativas y soluciones mediante sus prácticas.

## Referencias

- [1] Benería, L., Berik, G., & Floro, M. (2018). *Género, desarrollo y globalización. Una visión desde la economía feminista*. Bellaterra.
- [2] Brown, W. (2021) *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de políticas neoliberales en Occidente*. Traficantes de sueños.
- [3] Cadena, Y. (2020) La dimensión simbólica del trabajo no asalariado: género y espacios de trabajo en la ciudad de México. En H. Palermo & M. Capogrossi (dirs.), *Tratado de antropología del trabajo* (pp. 1277-1308). CLACSO.
- [4] Cámara de Diputados del Honorable Congreso de la Unión. (2007, 1 de febrero). Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia. [https://oig.cepal.org/sites/default/files/2017\\_mex\\_ref\\_leygralvidalibredeviolencia.pdf](https://oig.cepal.org/sites/default/files/2017_mex_ref_leygralvidalibredeviolencia.pdf)
- [5] Carrasco, C. (2014) La economía feminista: ruptura teórica y propuesta política. *Con voz propia. Economía feminista: ruptura teórica y propuesta política*. Oveja roja.
- [6] Castro, R. (2016). Violencia de género. En H. Moreno & E. Alcántara (coords.), *Conceptos clave para los estudios de género. Volumen 1* (pp. 339-354). PUEG-UNAM.
- [7] Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México (CDHCM). (2022). *Informe temático Protesta Feminista contra la Violencia Económica*. Primera edición. Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México.
- [8] Esquivel, V. (2016). La economía feminista en América Latina. *Revista Nueva Sociedad*, (265), 103-116. <https://nuso.org/articulo/la-economia-feminista-en-america-latina/>
- [9] Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (2022). Encuesta Nacional sobre las Dinámicas y las Relaciones en los Hogares 2021. <https://www.inegi.org.mx/programas/endireh/2021/>
- [10] Flores, N. (2022) Economía feminista: de la ortodoxia del mercado a la política del asombro. *Debate Feminista*, 32 (64), 166-188. <https://www.scielo.org.mx/pdf/dfem/v64/2594-066X-dfem-64-166.pdf>

- [11] Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Tinta Limón.
- [12] Gago, V., & Palmeiro, C. (2021). Palabras previas. Arruinar el neoliberalismo. En W. Brown (ed.), *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de políticas neoliberales en Occidente* (pp. 11-18). Traficantes de sueños.
- [13] Gago, V., Cielo, C., & Tassi, N. (2023). *Economías populares. Una cartografía crítica latinoamericana*. CLACSO.
- [14] González, F., & Castillo, L. (2023). Hacia un mapeo de las experiencias de economía popular en la Ciudad de México. Debates, tensiones y dilemas. En V. Gago, C. Cielo & N. Tassi (coords.), *Economías populares. Una cartografía crítica latinoamericana* (pp. 161-194). CLACSO.
- [15] Harvey, D. (2007) *Breve historia del neoliberalismo*. Akal.
- [16] Mercado-Celis, A., & Gómez, S. (2017). Industrias creativas en la calle: ambulante, estetización y uso de redes sociales en bazares de diseño y food trucks en la ciudad de México, *Revista Internacionales*, 3 (5). <http://ilitia.cua.uam.mx:8080/jspsui/bitstream/123456789/702/1/Industrias%20creativas%20en%20la%20calle%20ambulante%20estetizaci%C3%B3n%20y%20uso%20de%20redes%20sociales%20en%20bazares%20de%20dise%C3%B1o%20y%20food%20trucks%20en%20la%20Ciudad%20de%20M%C3%A9xico.pdf>
- [17] Pérez, A. (2006). Amenaza tormenta. La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista Economía Crítica*, (5), 7-37. <https://revistaeconomiacritica.org/index.php/rec/article/view/388/371>
- [18] Pérez, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Apuntes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. traficantes de sueños, Madrid.
- [19] Precarias a la Deriva. (2004). *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Traficantes de sueños.
- [20] Quiroga, N. (2008) Economía feminista, social y solidaria. Respuestas heterodoxas a la crisis de reproducción en América Latina. *Íconos* (33), 77-89. <https://doi.org/10.17141/iconos.33.2009.299>
- [21] Silva, S. (2022). Bazareñas: trabajo informal a través de las redes de solidaridad y la movilidad. En P. Soto (coord.), *Una mirada de género a las prácticas de movilidad cotidiana en la Ciudad de México. Aportes para la construcción de ciudades cuidadoras* (pp. 136-155). Universidad Autónoma Metropolitana.
- [22] Soraire, F. (2020). Trueques y ekekas. Primeros apuntes sobre antropología de género. En H. Palermo, & M. Capogrossi (dirs.), *Tratado de antropología del trabajo* (pp. 1415-1444). CONICET y CLACSO.
- [23] Vera, R. (2021). Tianguis de trueque en la cuenca de Pátzcuaro: significaciones sociales de una práctica económica ambigua. En S. Moctezuma & D. Sandoval (comps.), *Mercados y tianguis en el siglo XXI: repensando sus problemáticas* (pp. 191-209). Universidad Autónoma del Estado de México.